

ÍNDICE

Introducción 5

PRIMERA PARTE

EL CHOQUE DE CIVILIZACIONES 13

- I. Fundamentalistas 15
 - Los neocon 15
 - El islamismo 22
- II. ¿Choque de civilizaciones? 31
 - Ideólogos del «choque» 31
 - Discusión sobre el «choque» 39
- III. España en el «choque de civilizaciones» 47
 - Los desafíos de la seguridad española 47
 - Estrategia de seguridad española 57
- IV. El terrorismo 67
 - El fenómeno terrorista 67
 - La Yihad 78
- V. De la guerra al terror 85
 - El 11-S 85
 - Iraq 98

SEGUNDA PARTE

LA ALIANZA DE CIVILIZACIONES 113

- VI. Camino hacia la Alianza 115
 - La propuesta 115
 - Informe del grupo de alto nivel 125
- VII. Lanzamiento 129

	Copatrocinió turco	129
	Apoyo internacional	136
VIII.	Discusi3n sobre la necesidad	145
	Discusi3n pol3tica	145
	Debate sobre el significado	152
IX.	Dimensi3n de seguridad	159
	El plan de acci3n	159
	Campos de acci3n	166
X.	Viabilidad	173
	El sistema internacional	173
	Derechos de la mujer	179
	Alianza de Civilizaciones y Uni3n por el Mediterr3neo	188

TERCERA PARTE
LA OPINI3N P3BLICA SOBRE EL CHOQUE
Y LA ALIANZA 191

XI.	Percepci3n global del «Choque»	193
	Islam y democracia	193
	Percepciones enfrentadas	196
XII.	Percepci3n del «Choque» en Espa3a	211
	La amenaza percibida	211
	La integraci3n de los musulmanes en Espa3a	216
XIII.	Guerra al terror	221
	Opini3n mundial	221
	Opini3n espa3ola	226
XIV.	Opini3n p3blica espa3ola sobre la Alianza de civilizaciones	239
XV.	Conclusiones	247
XVI.	Bibliograf3a mencionada	257
XVII.	Monograf3as/Art3culos/Documentos mencionados	261
XVIII.	Diarios/Anuarios/Centros/Investigaci3n/ Instituciones y direcci3n URL	269

INTRODUCCIÓN

El siglo XX ha sido el más cruel de la historia de la humanidad en cuanto al número de víctimas y magnitud de los desastres causados por las guerras. Han ganado las guerras no se sabe si los más justos, los más motivados o los más crueles, pero sí se sabe que todos han sido capaces de emplear sus arsenales militares contra sus enemigos cuanto han podido para infligirles el mayor daño posible del modo más eficaz. La guerra ha sido una tarea cotidiana de los estados, los más poderosos con mayor protagonismo. La guerra se ha ennoblecido, se conmemoran las grandes victorias, año tras año; se dedican calles y plazas a victoriosos generales e insignes políticos conductores de los países hacia la victoria. La guerra es considerada como un fenómeno natural inevitable de las relaciones humanas, regulada, planificada y enaltecida.

Las relaciones internacionales basadas en el convencimiento del poder militar y la imposición por la fuerza de las armas. La seguridad ha sido un asunto militar, siempre ligado al poder de las armas. Hobbes ha triunfado, el poder de la fuerza o «poder duro» no ha dado opción a otra forma de considerar las relaciones humanas. Las estrategias de seguridad de los estados han sido diseñadas con base en ese poder. El mundo se ha armado hasta límites paranoicos que pueden conducirle a su propia destrucción; los que más lo han hecho han sido las grandes potencias; precisamente esa capacidad de destrucción les ha conferido su estatus de poder.

El final de la Segunda Guerra Mundial condujo a la Guerra Fría, del mundo multipolar al bipolar. Un orden internacional basado en el miedo a la mutua destrucción por la enorme cantidad de

armamento nuclear que soviéticos y norteamericanos podían emplear en caso de un enfrentamiento directo. Por eso, las guerras se desplazaron —y se controlaron— hasta lugares donde esos irreconciliables enemigos ideológicos no tuvieran la tentación de atacarse, aunque no faltó ninguna oportunidad como ocurrió con la crisis de Cuba a principios de los sesenta, cuando la guerra nuclear total estuvo a punto de estallar. Afortunadamente para la humanidad, la Guerra Fría no llegó a provocar la hecatombe nuclear.

Durante ese período de la Guerra Fría las guerras continuaban. Los sangrientos procesos de independencia colonial durante ese tiempo, que dejaron una estela de violencia todavía perceptible, son una de las causas de gran parte de los conflictos actuales en el mundo árabe. Al final de la Guerra Fría, parecía que el mundo se transformaba en un lugar más apacible donde el orden capitalista había derrotado al comunista tan solo «derribando un muro». Sin embargo, el convencimiento del poder de la fuerza no desaparecía. El idealismo de un mundo en paz, desarmado, justo y solidario no terminaba de asentarse, a pesar del final de la lucha ideológica.

Acabada la Guerra Fría y la lucha ideológica que significaba, el mundo parecía haber entrado en una nueva era en la que la ideología liberal había triunfado sobre todas las demás; los hombres no librarían más batallas que las económicas dentro de un sistema de libertades democráticas. Así lo expresó Francis Fukuyama en un artículo que publicó en 1989. Esa teoría la desarrolló posteriormente en un libro, en el que sostiene que la democracia liberal había vencido a las ideologías rivales: monarquía, fascismo y comunismo; de tal forma que con «el punto final de la evolución ideológica de la humanidad» se había llegado al «final de la historia».¹

En 1993, Samuel Huntington escribió un artículo en la revista *Foreign Affairs* titulado «¿Choque de civilizaciones?».² Este artículo

1. Fukuyama, F. (1989), «The end of the History?», *The National Interest* 16, pp. 3-18. También, de este autor, (1992), *El fin de la Historia y del último hombre*, Barcelona, Planeta.

2. Huntington, S. (1993), «The Clash of Civilizations?», *Foreign Affairs*, vol. 72, n.º 3 (verano). Este artículo se puede encontrar traducido íntegramente y comentado en Huntington, S. (2006), *¿Choque de civilizaciones?*, texto crítico de Pedro Martínez Sánchez, Madrid, Tecnos.

lo fue ampliado en un libro posterior titulado *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*.³ Huntington defendía en estas obras que los futuros conflictos tendrán su origen en los choques culturales provocados por las diferencias entre las diversas civilizaciones distribuidas por nuestro planeta.

Sobre las obras de Fukuyama y Huntington, es conveniente realizar algunas consideraciones, que ya se han puesto en evidencia a pesar del escaso tiempo transcurrido desde sus respectivas publicaciones. La primera de ellas es constatar que el sistema liberal no es el final de la historia, ni la solución a los problemas de la humanidad como son la pobreza, la desigualdad o las guerras. La segunda es la confusión generada por la poca concreción del concepto de civilización, simplificado por Huntington de tal modo que no contempla la variedad y complejidad de cada cultura. Este último aspecto es particularmente importante en lo que se refiere al mundo islámico, cuya diversidad queda puesta de manifiesto en lugares en guerra como Iraq y Afganistán; en esos lugares no se lucha contra Occidente, se combate entre facciones dentro del propio islam.⁴

Además, Huntington prácticamente no considera para sus tesis ni ideología, ni economía. Olvidarse del aspecto económico y eliminar el ideológico puede ser aceptable como ejercicio intelectual, pero es parcial e incompleto a la hora de tratar las relaciones humanas. El desarrollo económico es el factor clave que condiciona el modo de vida. Aunque la economía no es la única causa desencadenante de las guerras si se puede decir que:

Se aproxima más a la realidad el hecho de que en *casi todas las guerras* existen razones económicas como causas secundarias que refuerzan los motivos primarios que las desencadenan. Otra cuestión importante es el hecho de que las guerras suelen ser a menudo provocadas por los países o coaliciones poderosas [...],

3. Huntington, S. (2005), *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Barcelona, Paidós.

4. Véase la obra de Kepel, G. (2004), *FITNA. Guerra en el corazón del Islam*, Barcelona, Paidós.

pero los conflictos armados de mayor virulencia suelen aquejar a los países pobres, a causa de las debilidades estructurales que acompañan a la pobreza. (Cursivas del autor)⁵

Con el final de la Guerra Fría también se comenzó a hablar de nuevos riesgos y amenazas como la proliferación de armamentos, el crimen organizado, los estados en quiebra, la escasez de recursos naturales, el cambio climático y la explosión demográfica. Aunque nada de lo anterior era nuevo, se le dedicaba mayor atención, tal vez por la desaparición de la confrontación ideológica o, quizás, para seguir justificando las inversiones en seguridad. Sin embargo, estas amenazas de naturaleza no estrictamente militar —si exceptuamos la proliferación de armamentos— no eran suficientes para justificar un incremento del gasto militar muy discutido desde la sociedad civil. Encontrar un enemigo capaz de justificar los gastos militares fue el siguiente paso. Hacía falta una causa por la que vindicar el empleo del poder militar. Los ideólogos del «choque de civilizaciones» le proporcionaron una.

El fundamentalismo, una vez más en la historia de la humanidad, acaparó el liderazgo de la imposición por la fuerza. El anunciado «choque» empezó a tomar forma con terribles atentados terroristas y no menos terribles respuestas militares. El mundo se empezó de nuevo a dividir; «ellos», los malos, «nosotros», los buenos. Las voces a la moderación de una y otra parte parecían perder fuerza ante la fuerza de los «coches bombas» y de las «bombas».

Ante tanta sinrazón, las Naciones Unidas intentaban poner un poco de cordura aunque sin mucho éxito, entre otras razones porque sus decisiones eran boicoteadas o ignoradas, incluso por los miembros del Consejo de Seguridad. Las grandes guerras con toda su fuerza destructora volvían a emerger; las invasiones de Iraq y Afganistán por potentes ejércitos producían millares de muertos provocados por las luchas entre invasores e insurgentes. El terrorismo no cesaba, principalmente en algunos países como los mencionados, y también Pakistán, con víctimas casi a diario.

5. Piris, A. (1996), «Apuntes para una clasificación de los conflictos», *Anuario CIIP*, pp. 33-34.

España no ha sido ajena a las convulsiones mundiales, la prueba más desgraciada es la masacre llevada a cabo en Madrid, el 11 de marzo de 2004 (11-M), por terroristas que decían actuar en nombre del islam. Cruce natural de África a Europa, España está implicada, en primera línea, en las relaciones Norte-Sur u Occidente-Islam. El Mediterráneo es área prioritaria en la política exterior y de seguridad española. España debe velar como ningún otro país europeo de la zona, para que la región sea un lugar estable, por lo que necesita impulsar el desarrollo económico, social y político de la orilla sur mediterránea. Esta debe ser la prioridad para que se puedan establecer unas relaciones de igualdad y respeto, de este modo, se podrán evitar los extremismos fanáticos que abran el camino a una nueva conflagración mundial.

El mundo, de nuevo, se encuentra sumido en una profunda crisis económica, provocada por un sistema capitalista que también puede ser considerado un riesgo para la convivencia humana. Un sistema incapaz de corregir las tremendas desigualdades que pueden conducir a la violencia. Un mundo más rico, según los organismos económicos responsables de velar por la continuidad del sistema económico —léase Fondo Monetario Internacional y Banco Mundial— pero donde la riqueza no se distribuye de manera igualitaria, donde millones de personas viven en la más absoluta de las miserias.

Desde las Naciones Unidas y desde Europa se han lanzado iniciativas para lograr unas relaciones más pacíficas, fundadas en el diálogo, en el análisis de las causas de los conflictos para poder atajarlas antes de que se conviertan en amenazas. España ha liderado iniciativas regionales como el Proceso de Barcelona —hoy convertido en Unión por el Mediterráneo. Después del 11-S, las invasiones de Iraq y Afganistán, y el 11-M (ataque terrorista contra las «torres gemelas» y el Pentágono, en Nueva York y Washington respectivamente, el 11 de septiembre de 2001), el deterioro de las relaciones entre el mundo musulmán y Occidente parecía consumir la fatalidad del «choque de civilizaciones». Un momento de la historia donde el enfrentamiento del liderazgo mundial del fundamentalismo *neocón* contra el fundamentalismo islámico tomaba forma con «bombardeos y atentados». ¿Era el momento de la historia en que plantearse otra forma de entender las relaciones internacionales y la seguridad?

Una vez establecido el nuevo orden mundial en 1991, basado en la supremacía de la superpotencia americana (EE UU), y exacerbado con la llegada a la Casa Blanca de George W. Bush en 2001, las teorías de Fukuyama y Huntington adquirieron el nivel de doctrina. Se necesitaba una referencia y un enemigo. La democracia liberal y el libre mercado estaban dentro del espíritu americano. Encontrar el enemigo era la siguiente tarea. El 11-S con todo su horror real y mediático fue el detonante para sacar de la oscuridad al enemigo oculto. El islam se había convertido en la «bestia» a batir; como había predicho Huntington, los conflictos en el mundo serían una lucha de civilizaciones. Parte de la humanidad, secuestrada emocionalmente por unos atentados terribles, arengada convenientemente desde los medios de comunicación manejados inteligentemente para influir en el ánimo de las personas, se dejó conducir hacia «la guerra contra el terrorismo». Muchos olvidaron o nunca supieron que el mismo día de los atentados del 11-S morían de hambre en el mundo 35.615 niños.⁶

La visión reduccionista de los ensayos de Fukuyama y Huntington ha sido tomada como referencia fundamental por aquellos que buscaban una justificación para la implantación de doctrinas que proporcionaran sustento ideológico a sus intereses. El islam tomado como chivo expiatorio, eso sí, allá donde los intereses occidentales —principalmente de EE UU— lo consideraran conveniente. Identificar el terrorismo con ese islam rebelde a los dictados de la superpotencia fue el paso siguiente.

Y llegó el 11-S, con toda su carga de horror y consecuente emotividad, con la Casa Blanca desconcertada e impotente ante semejante atentado terrorista. El momento fue aprovechado para «descubrir el peligro» de determinadas formas de entender al mundo distintas de aquellas occidentales: la Guerra Fría sustituida por «el choque de civilizaciones».

Frente a esta concepción de confrontación entre civilizaciones, el presidente del Gobierno de España, José Luis Rodríguez Zapate-

6. «35.615 niños murieron de inanición el 11 de septiembre de 2001 (fuente: Organización de Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación, FAO)», Taibo, C. (2008), *150 preguntas sobre el nuevo desorden*, Madrid, CIP, p. 16.

ro, presentó ante la Asamblea General de las Naciones Unidas, en noviembre de 2004, la iniciativa de la Alianza de Civilizaciones (en lo sucesivo, AdC o Alianza). Una propuesta que llegó en un momento de la historia mundial donde parecía que el islam se había convertido en el nuevo enemigo a batir. Estaban recientes los atentados del 11-S (ya mencionado) y 11-M (atentado terrorista en Madrid, el 11 de marzo de 2004), y las invasiones de Afganistán e Iraq por parte de coaliciones internacionales capitaneadas por Estados Unidos, con el pretexto de combatir el terrorismo e implantar regímenes democráticos. El representante español planteó una apuesta por el diálogo, la comprensión, el respeto y la tolerancia como argumentos principales para establecer unas relaciones internacionales pacíficas. A pesar del camino que queda por recorrer, las posibles carencias de esta Alianza y las discusiones políticas sobre su necesidad —sobre todo a nivel interno español—, la iniciativa está en marcha con un amplio respaldo internacional. Efectivamente, organizaciones, sociedad civil y entidades privadas de todo el mundo se han sumado a la propuesta española.